

El hombre es un animal racional —o, por lo menos, así se me ha dicho—. En el transcurso de una larga vida he buscado diligentemente pruebas en favor de esta afirmación, pero hasta ahora no he tenido la buena suerte de toparme con ellas, aunque las busqué en muchos países esparcidos en tres continentes. Por el contrario, he visto a grandes naciones, antiguamente dirigentes de la civilización, descarriadas por predicadores de ampulosas tonterías. He visto la crueldad, la persecución y la superstición aumentando a saltos y brincos, y hemos llegado ya al punto en que la loa a la racionalidad se considera como señal de que un hombre es un viejo oscurantista, lamentable sobreviviente de una era pasada. Todo ello resulta deprimente, pero la melancolía es una emoción inútil. A fin de escapar a ella, me he visto obligado a estudiar el pasado con mayor atención de lo que anteriormente le dediqué, y he descubierto, como lo descubrió Erasmo, que la locura es eterna y que, sin embargo, la raza humana ha sobrevivido. Las locuras de nuestra época resultan más fáciles de soportar cuando se las contempla contra el fondo de las locuras pasadas. En lo que sigue mezclaré las tonterías de nuestros días con las de los siglos anteriores. Quizás el resultado pueda ayudar a ver a nuestro tiempo en perspectiva, y a no considerarlo peor que otras edades por las que pasaron nuestros antepasados sin llegar al desastre final.

Aristóteles, por lo que sé, fue el primer hombre en proclamar explícitamente que el hombre es un animal racional. El motivo que tenía para esta opinión no parece ahora muy impresionante. Pensaba que hay tres clases de almas: el alma vegetal que poseen todas las cosas vivientes, tanto plantas como animales y que se preocupa sólo de la alimentación y del crecimiento; el alma animal, dedicada a la locomoción, y compartida por el hombre con los animales inferiores; y, finalmente, el alma racional, o intelecto, que es la mente divina, pero en la que los hombres participan en mayor o menor grado, en proporción con su sabiduría. En virtud del intelecto el hombre es un animal racional. El intelecto se demuestra de varios modos, pero más enfáticamente por medio del dominio de la aritmética. El sistema griego de números era malísimo, de modo que la tabla de multiplicación resultaba sumamente difícil, y los cálculos complicados sólo podían ser efectuados por personas muy inteligentes. Empero, en la actualidad, las máquinas de

Nota. Tomado del libro "Ensayos Impopulares" (1950).

calcular hacen sumas mejor que las gentes más inteligentes, y sin embargo nadie afirma que esos útiles instrumentos sean inmortales o que trabajen por inspiración divina. A medida que la aritmética se ha hecho más fácil, se ha tornado menos respetada. La consecuencia es que, aunque muchos filósofos continúan diciéndonos qué magníficos individuos somos, no nos alaban ya por nuestra habilidad aritmética.

Puesto que la moda de la época no nos permite ya señalar a los muchachos calculistas como prueba de que el hombre es racional y el alma, al menos en parte, inmortal, busquemos en otra parte. ¿A dónde nos dirigiremos primeramente? ¿Buscaremos entre los estadistas eminentes, que tan triunfalmente han conducido al mundo a su situación actual? ¿O elegiremos entre los hombres de letras? ¿O entre los filósofos? Todos ellos tienen sus pretensiones, pero creo que deberíamos comenzar por todos aquellos a los que la gente que piensa a derechas reconoce como los hombres más sabios y los mejores, a saber, los sacerdotes. Si ellos no resultan racionales, ¿qué esperanza nos queda a nosotros, mortales menores? Y, ¡ay! —aunque lo digo con todo el respeto—, ha habido tiempos en que su sabiduría no fue muy evidente, y, cosa extraña, fueron precisamente los tiempos en que el poder del clero era mayor.

Las Epocas de Fe, que son alabadas por nuestros neoescolásticos, fueron los tiempos en que el clero pudo disponer las cosas a su manera. La vida cotidiana estaba rebosante de milagros hechos por santos y hechicerías perpetradas por demonios y nigromantes. Muchos miles de brujas fueron quemadas en la hoguera. Los pecados de los hombres eran castigados por las plagas y el hambre, por terremotos, incendios e inundaciones. Y, no obstante, aunque parezca extraño, los hombres eran mucho más pecadores que ahora. Muy poco se conocía, científicamente, acerca del mundo. Unos cuantos hombres ilustrados recordaban las demostraciones griegas de que la tierra es redonda, pero la mayoría de las gentes se burlaban de la idea de que existiesen los antípodas. Era herejía suponer que hubiese seres humanos antípodas. Se sostenía, en general (aunque los católicos modernos adopten un punto de vista más suave), que la inmensa mayoría de la humanidad está condenada. Se afirmaba que los peligros acechaban a cada paso. Los demonios se posaban en los alimentos que los monjes estaban a punto de ingerir, y se apoderaban del cuerpo de los incautos comedores que se olvidaban de persignarse antes de tomar cada bocado. La gente chapada a la antigua

todavía dice "Dios te bendiga" cuando uno estornuda, pero se han olvidado del motivo de la costumbre. Que era el de que se creía que, al estornudar, la gente expelía el alma, y antes de que ésta pudiese volver, era posible que los demonios al acecho entrasen en el cuerpo carente de ella; pero si uno decía "Dios te bendiga", los demonios eran ahuyentados.

Durante los últimos cuatrocientos años, en los cuales el crecimiento de la ciencia ha demostrado a los hombres cómo hacer para adquirir conocimiento en cuanto a las costumbres de la naturaleza y dominio sobre las fuerzas naturales, el clero ha librado una batalla perdida contra la ciencia, en astronomía y geología, en anatomía y fisiología, en biología y psicología y sociología. Expulsados de una posición, ocuparon otra. Después de ser derrotados en astronomía, hicieron lo posible para impedir el ascenso de la geología; lucharon contra Darwin en biología, y en la actualidad están luchando contra las teorías científicas de la psicología y la educación. En cada etapa, tratan de hacer que el público olvide el anterior oscurantismo de ellos, a fin de que su oscurantismo actual no sea conocido como tal. Subrayemos algunos ejemplos de irracionalidad en el clero desde el ascenso de la ciencia, y averigüemos luego si el resto de la humanidad es mejor.

Cuando Benjamín Franklin inventó el pararrayos, el clero, tanto en Inglaterra como en Norteamérica, con el entusiasta respaldo de Jorge III, lo condenó como un impío intento de derrotar la voluntad de Dios. Porque, como se daba cuenta toda la gente que sabía pensar, el rayo es enviado por Dios para castigar la irreligiosidad o cualquier otro pecado grave —los virtuosos jamás son heridos por el rayo—. Por lo tanto, si Dios quiere golpear a alguien, Benjamín Franklin no tendría que oponerse a Sus designios; en verdad hacer tal cosa es ayudar a los criminales a escapar. Pero Dios se puso a la altura de la situación, si tenemos que creer al eminente doctor Price, uno de los principales teólogos de Boston. Como el rayo había sido tornado ineficaz por las "puntas de hierro inventadas por el sagaz doctor Franklin", Massachusetts fue sacudido por temblores de tierra, que el doctor Price vio debidos a la ira de Dios contra las "puntas de hierro". En un sermón sobre el tema dijo: "En Boston se erigen en más cantidad que en cualquier otra parte de Nueva Inglaterra, y Boston parece ser la más espantosamente sacudida. ¡Oh!, es imposible escapar a la potente mano de Dios". Aparentemente, sin embargo, la Providencia abandonó toda esperanza

de curar a Boston de su perversidad, porque, aunque los pararrayos se hicieron cada vez más comunes, los terremotos en Massachusetts han seguido siendo raros. No obstante, el punto de vista del doctor Price, o algo sumamente parecido, era sostenido aun por uno de los hombres más influyentes de tiempos recientes. Cuando, en una oportunidad, hubo varios graves terremotos en la India, el Mahatma Gandhi advirtió solemnemente a sus compatriotas que esos desastres habían sido enviados en castigo por el pecado de ellos.

Este punto de vista existe incluso en mi propia isla natal. Durante la guerra de 1914-18 el Gobierno británico hizo mucho para estimular la producción de alimentos en la metrópoli. En 1916, cuando las cosas no iban bien, un sacerdote escocés escribió a los periódicos para decir que el fracaso militar se debía al hecho de que, con la sanción del Gobierno, se habían plantado papas en el día del descanso. Empero, se evitó el desastre gracias a que los alemanes desobedecieron *todos* los Diez Mandamientos, y no sólo uno de ellos.

A veces, si hay que creer a los hombres piadosos, las mercedes de Dios son curiosamente selectivas. Toplady, el autor de *Rock of Ages*, se mudaba de una vicaría a otra; una semana después de la mudanza, la vicaría que había ocupado antes se incendiaba, con grandes pérdidas para el nuevo vicario. Y entonces Toplady agradecía a Dios; pero no se sabe qué hacía el nuevo vicario. Borrow, en su *Bible in Spain*, narra cómo cruzó, sin peripecias, un paso de montaña infestado de bandidos. Pero el grupo que cruzó después de él fue asaltado, robado, y algunos de sus integrantes asesinados; cuando Borrow se enteró de ello, como Toplady, agradeció a Dios.

Aunque en nuestros manuales se nos enseña la astronomía copernicana, ésta no ha penetrado aún en nuestra religión o en nuestra moral, y ni siquiera ha conseguido destruir la creencia en la astrología. La gente sigue creyendo que el Divino Plan tiene una especial relación con los seres humanos, y que una Providencia especial, no sólo cuida a los buenos, sino que además castiga a los malvados. A veces me escandalizan las blasfemias de los que se creen piadosos —por ejemplo, las de las monjas que jamás toman un baño sin usar una salida de baño—. Cuando se les pregunta por qué lo hacen, puesto que ningún hombre puede verlas, responden: “Ah, pero olvida usted al buen Dios”. Apparently, conciben a la Deidad como un Peeping Tom cuya omnipotencia le permite ver a través de las paredes de los cuartos de baño,

pero que es frustrado por las salidas de baño. Este punto de vista me resulta curioso.

Toda la concepción del "pecado" me resulta desconcertante, sin duda debido a mi naturaleza pecadora. Si el "pecado" consistiese en causar sufrimientos innecesarios, yo podría entenderlo; pero, por el contrario, el pecado consiste a menudo en evitar sufrimientos inútiles. Hace unos años, se presentó en la Cámara de los Lores un proyecto de ley para legalizar la eutanasia en los casos de enfermedad dolorosa e incurable. Sería necesario el consentimiento del paciente, así como varios certificados médicos. A mí, en mi simplicidad, me pareció que sería natural pedir el consentimiento del paciente, pero el extinto Arzobispo de Canterbury, el experto oficial inglés en materia de pecado, explicó lo erróneo de tal punto de vista. El consentimiento del paciente convierte la eutanasia en suicidio, y el suicidio es pecado. Sus Señorías escucharon la voz de la autoridad y rechazaron el proyecto de ley. En consecuencia, para complacer al Arzobispo —y a su Dios, si nos ha informado correctamente—, las víctimas del cáncer tienen que seguir soportando meses de tormentos absolutamente inútiles, a menos de que sus médicos o enfermeras sean lo bastante humanos para arriesgarse a una acusación de asesinato. Me resulta difícil concebir a un Dios que se complace en contemplar tales torturas; y si hubiese un Dios capaz de tan injustificable crueldad, por cierto que no le consideraría digno de adoración. Pero esto sólo prueba cuán hundido estoy en la depravación moral.

Me dejan igualmente perplejo las cosas que son pecado y las que no lo son. Cuando la Sociedad para la Prevención de Crueldad a los Animales pidió al Papa su apoyo, le fue negado, debido a que los seres humanos no tienen deber alguno hacia los animales inferiores, y a que maltratar a los animales no es pecado. Esto es así porque los animales no tienen alma. Por otra parte, es perverso casarse con la hermana de la esposa fallecida —por lo menos así enseña la Iglesia—, por mucho que usted y ella deseen casarse. Y esto no se debe a ninguna desdicha que pueda surgir sino a ciertos textos de la Biblia.

La resurrección del cuerpo, que es un artículo del Credo del Apóstol, es un dogma que tiene varias y curiosas consecuencias. Hubo un autor, no hace muchos años, que tenía un ingenioso método de calcular la fecha del fin del mundo. Argumentaba que tiene que haber bastantes de los ingredientes necesarios a un cuerpo humano para pro-

veer a todos de los indispensables en el Último Día. Calculando cuidadosamente la materia prima disponible, decidí que habría sido utilizada toda para cierta fecha. Cuando tal fecha llegue, el mundo debe terminar, puesto que de otro modo la resurrección del cuerpo se tornaría imposible. Desdichadamente, he olvidado cuál era esa fecha, pero creo que no está muy distante.

Santo Tomás de Aquino, el filósofo oficial de la Iglesia Católica, analizó larga y seriamente un gravísimo problema, que, mucho me temo, los teólogos modernos descuidan indebidamente. Se imagina a un caníbal que nunca ha comido otra cosa que carne humana, y cuyos padres, antes que él, tuvieron iguales propensiones. Cada una de las partículas de su cuerpo pertenecen por derecho a otra persona. No podemos suponer que los que han sido comidos por caníbales quedarán disminuidos para toda la eternidad. Pero, si no es así, ¿qué le queda al caníbal? ¿Cómo se le asará convenientemente en el infierno, si todo su cuerpo es devuelto a sus primitivos dueños? Esta es una cuestión intrigante, como bien se da cuenta el Santo.

En este sentido, los ortodoxos tienen una curiosa objeción contra la cremación, que parece demostrar una insuficiente conciencia de la omnipotencia de Dios. Se cree que un cuerpo que ha sido cremado le ofrecerá a El mayores dificultades, cuando quiera reunirlo, que otro que ha sido puesto bajo tierra y transformado en gusanos. Sin duda, coleccionar las partículas del aire y deshacer el trabajo químico de la combustión sería un tanto laborioso, pero es verdaderamente blasfemo suponer que tal trabajo es imposible para la Deidad. Saco en conclusión que la objeción a la cremación implica una grave herejía. Pero dudo de que tal opinión tenga mucho peso para los ortodoxos.

La Iglesia sancionó con suma lentitud y a desgano la disección de cadáveres en relación con el estudio de la medicina. El precursor de la disección fue Vesalio, médico de la corte del emperador Carlos V. Su habilidad médica hizo que el emperador le protegiera, pero se vio en dificultades cuando el emperador murió. Se dijo que un cadáver que estaba disecado había dado señales de vida bajo el bisturí, y fue acusado de asesinato. La Inquisición fue inducida por Felipe II a adoptar una actitud indulgente, y sólo le sentenció a un peregrinaje a la Tierra Santa. En el viaje de regreso, su barco naufragó y él murió de agotamiento. Durante muchos siglos, después de su época, los estudiantes de

la Universidad Papal de Roma sólo tenían permiso para operar sobre figuras seculares, de las que se habían omitido las partes sexuales.

La santidad de los cadáveres es una creencia difundida. Fue llevada más lejos entre los egipcios, entre quienes condujo a la práctica de la momificación. Todavía existe en su plenitud en China. Un cirujano francés que fue empleado por los chinos para enseñar medicina occidental, relata que su pedido de cadáveres para disecar fue recibido con horror, pero se le aseguró que, en cambio, tendría una ilimitada provisión de criminales vivos. Su objeción a esta alternativa resultó totalmente ininteligible para sus empleadores chinos.

Aunque hay muchas clases de pecados, siete de los cuales son capitales, el campo más fructífero para las añagazas de Satán es el sexo. La doctrina católica ortodoxa en ese sentido se encuentra en San Pablo, San Agustín y Santo Tomás de Aquino. Es mejor ser célibe, pero los que no tiene el don de la continencia pueden casarse. Las relaciones sexuales en el matrimonio no constituyen pecado, siempre que sean motivadas por el deseo de tener descendencia. Todo trato carnal fuera del matrimonio es pecado, lo mismo que el acto sexual dentro del matrimonio cuando se toma alguna medida para evitar la concepción. La interrupción de la preñez es pecado, aun cuando, en opinión médica, sea la única forma de salvar la vida de la madre; porque la opinión médica es falible, y Dios puede salvar una vida por milagro, si El lo cree conveniente. (Este punto de vista está incorporado a la ley de Connecticut). Las enfermedades venéreas son el castigo de Dios por el pecado. Es cierto que, por intermedio de un esposo culpable, este castigo puede caer sobre una esposa inocente y sus hijos, pero se trata de una misteriosa distribución de la Providencia, que sería impío poner en duda. Tampoco debemos averiguar por qué las enfermedades venéreas no fueron divinamente instituidas hasta la época de Colón. Puesto que se trata de la penalidad prescrita para el pecado, todas las medidas para su evitación son también pecado —salvo, por supuesto una vida virtuosa—. El matrimonio es nominalmente indisoluble, pero muchas personas que creen estar casadas no lo están. En el caso de los católicos influyentes, a menudo puede encontrarse algún motivo de anulación, pero para los pobres no existe tal solución, salvo, quizás, en casos de impotencia. Las personas que se divorcian y vuelven a casarse son culpables de adulterio ante la mirada de Dios.

La frase "ante la mirada de Dios" me intriga. Uno creería que

Dios lo ve todo, pero aparentemente ello es un error. No ve a la ciudad de Reno, porque uno no se puede divorciar ante la mirada de Dios. Las oficinas de registro civil constituyen un punto dudoso. He advertido que gentes respetables, que no visitarían a nadie que viviese en franco pecado, están completamente dispuestas a visitar a personas que sólo han celebrado un matrimonio civil; de modo que, aparentemente, Dios ve las oficinas de registro civil.

Algunos hombres eminentes piensan incluso que la doctrina de la Iglesia Católica es deplorablemente laxa en lo que respecta al sexo. Tolstói y el Mahatma Gandhi, en su vejez, afirmaron que *toda* relación sexual es malvada, incluso en el matrimonio y con vistas a la descendencia. Los maniqueos pensaban lo mismo, confiando en la pecaminosidad nativa de los hombres para proporcionarles continuamente nuevas tandas de discípulos. Sin embargo, esta doctrina es herética, aunque es igualmente herético sostener que el matrimonio es tan digno de encomio como el celibato. Tolstói piensa que el tabaco es casi tan malo como el sexo; en una de sus novelas, un hombre que tiene intenciones de asesinar fuma previamente un cigarrillo a fin de provocarse la necesaria furia homicida. El tabaco, empero, no está prohibido en las Escrituras, aunque, como señala Samuel Butler, San Pablo, indudablemente, lo habría denunciado si lo hubiese conocido.

Es extraño que ni la Iglesia ni la opinión pública moderna condenen las caricias, siempre que no pasen de cierto límite. Los casuistas difieren en cuanto al punto en que comienza el pecado. Un eminente teólogo católico ortodoxo estableció que un confesor puede acariciar los pechos de una monja, siempre que lo haga sin mala intención. Pero dudo de que las autoridades modernas convengan con él en ese sentido.

La moral moderna es una mezcla de dos elementos: por un lado, preceptos racionales en cuanto a cómo vivir pacíficamente en una sociedad; y, por el otro, tabús tradicionales derivados originariamente de alguna antigua superstición, pero más tarde de libros sagrados cristianos, mahometanos, hindúes o budistas. Hasta cierto punto, los dos concuerdan; la prohibición de asesinato y robo, por ejemplo, es respaldada por la razón humana o por el mandamiento divino. Pero la prohibición de comer carne de cerdo o de vaca no tiene más que la autoridad de las Escrituras, y eso sólo en ciertas religiones. Es raro que los hombres modernos, que tienen conciencia de lo que la ciencia ha hecho para aportar nuevos conocimientos y alterar las condiciones de la vida social,

estén todavía dispuestos a aceptar la autoridad de textos que corporizan la opinión de tribus pastoras o agrícolas sumamente ignorantes. Resulta desalentador que muchos de los conceptos cuyo carácter sagrado es tan poco críticamente reconocido sean de tal clase que inflijan al hombre muchos sufrimientos totalmente innecesarios. Si los impulsos bondadosos del hombre fuesen más fuertes, ya encontraría él la forma de explicar que dichos preceptos no tienen por qué ser tomados literalmente, como no debe serlo el mandamiento de "vender todo lo que tienes y darlo al pobre".

Existen dificultades lógicas en la noción de pecado. Se nos dice que el pecado consiste en la desobediencia a los mandamientos de Dios, pero también se nos dice que Dios es omnipotente. Si lo es, nada contrario a Su voluntad puede ocurrir; por lo tanto, cuando el pecador desobedece Su voluntad, El debe haber querido que tal cosa sucediera. San Agustín acepta audazmente este punto de vista, y afirma que los hombres son conducidos al pecado por una ceguera de que Dios les hace objeto. Pero la mayoría de los teólogos, en los tiempos modernos, han sentido que, si Dios obliga a los hombres a pecar, no es justo enviarles al infierno por lo que no pueden evitar. Se nos dice que el pecado consiste en obrar contrariamente a la voluntad de Dios. Esto, empero, no elimina la dificultad. Los que, como Spinoza, toman en serio la omnipotencia de Dios, deducen que no puede existir el pecado. Esto trajo espantosos resultados. ¿Cómo? —dijeron los contemporáneos de Spinoza—, ¿no había sido una maldad de parte de Nerón el haber asesinado a su madre? ¿No fue una maldad que Adán se comiese la manzana? ¿Una acción es tan buena como la otra? Spinoza se remueve, pero no encuentra ninguna respuesta satisfactoria. Si todo ocurre de acuerdo con la voluntad de Dios, Dios tiene que haber querido que Nerón asesinase a su madre; por lo tanto, puesto que Dios es bueno, el asesinato debe haber sido una cosa buena. Resulta imposible escapar a este argumento.

Por otra parte, los que piensan sinceramente que el pecado es desobediencia a Dios, se ven obligados a decir que Dios no es omnipotente. Esto salva todos los quebraderos de cabeza lógicos, y es el punto de vista adoptado por cierta escuela de teólogos liberales. Sin embargo, tiene sus propias dificultades. ¿Cómo podemos saber, en realidad, cuál es la voluntad de Dios? Si las fuerzas del mal tienen cierto grado de poder, pueden engañarnos y llevarnos a aceptar como cosa de la Escri-

tura lo que verdaderamente es cosa de ellos. Esta era la opinión de los gnósticos, que pensaban que el Antiguo Testamento era obra de un espíritu maligno.

En cuanto abandonamos nuestra propia razón y nos contentamos con confiar en la autoridad, nuestras dificultades no tienen fin. ¿La autoridad de quién? ¿La del Antiguo Testamento? ¿La del Nuevo Testamento? ¿La del Corán? En la práctica la gente elige el libro considerado sagrado por la comunidad en el seno de la cual se nace, y de este libro escoge las partes que le agrada, haciendo caso omiso de las demás. En una época, el texto más influyente de la Biblia era: "No permitirás que una bruja viva". Ahora, la gente pasa por alto ese texto, si es posible, en silencio; si no, con una disculpa. Y así, aunque tengamos un libro sagrado, todavía seguimos eligiendo como verdadero lo que se acomoda a nuestros perjuicios. Ningún católico, por ejemplo, toma en serio el texto que dice que un obispo debe ser el marido de una esposa.

Las creencias de las personas tienen varias causas. Una es la de que existen ciertas pruebas que respaldan la creencia en cuestión. Esto lo aplicamos a cuestiones de hecho, tales como "¿Cuál es el número telefónico de fulano de tal? o ¿Quién ganó la serie mundial?" Pero en cuanto se trata de algo más discutible, las causas de la creencia se tornan menos defendibles. Creemos, primero y principal, en lo que nos hace sentir que somos magníficos sujetos. El señor Homo, si tiene una buena digestión y sólidos ingresos, piensa para sí cuánto más sensato es que su vecino fulano de tal, que se casó con una esposa inconstante y que siempre está perdiendo dinero. Piensa cuán superior es su ciudad a la que está a ochenta kilómetros de distancia: tiene una Cámara de Comercio más grande y un Club Rotario más emprendedor, y su alcalde nunca ha estado en la cárcel. Piensa en cuán inmensurablemente sobrepasa su país a todos los demás. Si es un inglés, piensa en Shakespeare y Milton, o en Newton y Darwin, o en Nelson y Wellington, según su temperamento. Si francés, se felicita de que durante siglos Francia haya encabezado al mundo en materia de cultura, modas y cocina. Si ruso, reflexiona que pertenece a la única nación que es verdaderamente internacional. Si yugoeslavo, se enorgullece de los cerdos de su patria; si nativo del principado de Mónaco, se jacta de estar a la cabeza del mundo en materia de juego.

Pero estas no son las únicas cuestiones por las que tiene que feli-

citarse. Porque, ¿no es acaso un individuo de la especie *homo sapiens*? Sólo él, entre todos los animales, tiene un alma inmortal y es racional; conoce la diferencia entre el bien y el mal, y ha aprendido la tabla de multiplicación. ¿No le hizo Dios a Su imagen? ¿Y no fue todo creado para conveniencia del hombre? El sol fue hecho para iluminar el día y la luna para iluminar la noche —aunque la luna, por algún descuido, sólo brille durante la mitad de las horas nocturnas—. Las materias primas de la tierra fueron creadas para sostén humano. Hasta las colas blancas de los conejos, según ciertos teólogos, tienen un propósito, a saber: el de facilitar a los deportistas la tarea de matarlos. Existen, es cierto, algunos inconvenientes: los leones y tigres son demasiado feroces, el verano es demasiado caluroso y el invierno demasiado frío. Pero estas cosas sólo comenzaron después de que Adán se comió la manzana; antes de eso, todos los animales eran vegetarianos, y siempre era primavera. Si Adán se hubiese conformado con melocotones y pérsicos, uvas y peras y piñas, esas bendiciones todavía nos pertenecerían.

La propia importancia, individual o genérica, es la fuente de la mayoría de nuestras creencias religiosas. Incluso el pecado es un concepto derivado de la propia importancia. Borrow relata cómo se encontró con un predicador galés que estaba siempre melancólico. Gracias a un conmovido interrogatorio le llevó a confesar la causa de su pena: que a la edad de siete años había cometido pecado contra el Espíritu Santo. “Mi querido amigo —replicó Borrow—, no permita que eso le preocupe. Conozco a docenas de personas que se encuentran en igual caso. No se imagine por eso separado del resto de la humanidad; si averigua, descubrirá que hay multitudes que sufren de lo mismo”. Desde ese momento, el hombre quedó curado. Había gozado sintiéndose singular, pero no existía placer alguno en ser miembro de un rebaño de pecadores. La mayoría de los pecadores son un poco menos egoístas; pero, indudablemente, los teólogos se complacen con la sensación de que el hombre es el objeto especial de la ira de Dios, así como de Su amor. Después de la caída, tal nos asegura Milton,

El Sol

Tuvo antes por precepto de tal modo moverse, de tal modo brillar,
Que pudiese afectar a la tierra con calor y frío

Apenas tolerables, y del Norte llamar
Al decrepito invierno, y del Sur traer
El solsticial calor del verano.

Por desagradables que puedan haber sido los resultados, Adán no podía dejar de sentirse halagado de que tan vastos fenómenos astronómicos fuesen producidos para enseñarle a él una lección. El conjunto de la teología, en relación con el infierno no menos que con el cielo, da por sentado que el hombre es lo más importante en el universo de los seres creados. Puesto que todos los teólogos son hombres, este postulado ha encontrado poca oposición.

Desde que la evolución se puso de moda, la glorificación del hombre ha adquirido una nueva forma. Se nos dice que la evolución fue guiada por un gran propósito: a través de los millones de años en que sólo había lodo o trilobites, durante las eras de los dinosaurios y los helechos gigantes, de las abejas y las flores silvestres, Dios preparaba el Gran Clímax. Al fin, con la sazón de los tiempos, El creó al hombre, incluyendo ejemplares tales como Nerón y Calígula, Hitler y Mussolini, cuya gloria trascendente justificaba el largo y penoso proceso. Por mi parte, encuentro incluso que la condenación eterna es menos increíble, y ciertamente menos ridícula, que esta coja e impotente conclusión que se nos pide que admiremos como supremo esfuerzo de la Omnipotencia. Y si Dios es verdaderamente omnipotente, ¿por qué no pudo El producir el glorioso resultado sin tan prolongado y tedioso prólogo?

Aparte de la cuestión de si el hombre es realmente tan glorioso como los teólogos de la evolución dicen que es, está la dificultad de que la vida en este planeta es casi con seguridad temporaria. La tierra se enfriará, o la atmósfera desaparecerá gradualmente, o habrá insuficiencia de agua, o, como genialmente profetiza Sir Jeans, el sol estallará y los planetas se convertirán en gas. Nadie sabe cuál de estas cosas ocurrirá la primera; pero, de cualquier modo, a la postre la raza humana perecerá. Por supuesto, tal acontecimiento es de poca importancia desde el punto de vista de la teología ortodoxa, puesto que los hombres son inmortales y continuarán existiendo en el cielo y en el infierno cuando ya no quede ninguno en la tierra. Pero, en este caso, ¿a qué molestarse por las evoluciones terrestres? Los que ponen el acento en el progreso gradual, desde el limo primitivo hasta el hombre, asignan a esta esfera mundana una importancia que debería hacerles rehuir la conclusión de

que toda la vida en la tierra no es más que un breve interludio entre la nebulosa y los hielos eternos, o quizás entre una nebulosa y otra. La importancia del hombre, que es el único dogma indispensable para los teólogos, no recibe respaldo alguno de una visión científica del futuro del sistema solar.

Existen muchas otras fuentes de falsas creencias, aparte de la propia importancia. Una de ellas es el amor hacia lo maravilloso. En una ocasión conocí a un mago con tendencias científicas, que solía llevar a cabo sus trucos ante un pequeño público y luego hacía que cada uno de sus circunstantes, por separado, escribiese lo que había visto. Casi siempre escribían algo mucho más sorprendente que la realidad, y por lo general algo que ningún mago podría haber logrado; pero todos creían estar informando verazmente acerca de lo que habían visto con sus propios ojos. Esta clase de falsificación es aún más cierta en lo referente a los rumores. A le dice a B que la noche anterior vio al señor . . . , el eminente prohibicionista, un tanto chispo; B le dice a C que A vio al buen hombre tambaleándose de borracho; C le cuenta a D que lo recogieron, inconsciente, de la cuneta; D le afirma a E que se sabe de sobra que se pasa fuera de su casa todas las noches. Ahí, es cierto, interviene otro motivo: la malicia. Nos agrada pensar mal de nuestros prójimos, y estamos dispuestos a creer lo peor con las más mínimas pruebas. Pero cuando no existen tales motivos, lo maravilloso es fácilmente creído, a menos de que vaya contra un fuerte prejuicio.

Toda la historia, hasta el siglo dieciocho, está llena de prodigios y maravillas que los historiadores modernos pasan por alto, no por que estén menos bien atestiguados que los hechos que los historiadores aceptan, sino porque el gusto moderno de los ilustrados prefiere lo que la ciencia considera probable. Shakespeare relata cómo, en la noche antes de que César fuese asesinado,

Un siervo ordinario —a quien conocéis de vista—
Levantó la mano izquierda, que llameó y ardió
Como veinte antorchas juntas; pero su mano,
Insensible al fuego, no se chamuscó siquiera.
Además —desde entonces no he envainado la espada—
Frente al Capitolio encontré un león,
Que me miró con ojos ardientes y se alejó encolerizado,
Sin hacerme mal; y apiñadas,
Cien lívidas mujeres,

Transformadas por el terror, que juraron haber visto
A hombres envueltos en llamas paseándose por las calles.

Shakespeare no inventó estas maravillas; las encontró en reputados historiadores, que se cuentan entre aquellos en los que podemos confiar para nuestro conocimiento en relación con Julio César. Estas cosas siempre solían ocurrir a la muerte de un gran hombre o al comienzo de una guerra importante. Incluso recientemente, en 1914, los "ángeles de Mons" alentaron a las tropas británicas. Las pruebas de tales acontecimientos son muy pocas veces de primera mano y los historiadores modernos se niegan a aceptarlas —salvo, es claro, cuando el acontecimiento tiene importancia religiosa—.

Todas las emociones poderosas tienen su propia tendencia mitogenética. Cuando la emoción es peculiar de un individuo, se considera éste más o menos demente si da crédito a los mitos que ha inventado. Pero cuando la emoción es colectiva, como en la guerra, no hay nadie que corrija los mitos que naturalmente surgen. En consecuencia, en todos los tiempos de gran excitación colectiva los rumores infundados obtienen amplio crédito. En septiembre de 1914 casi todos en Inglaterra creyeron que tropas rusas habían pasado por Inglaterra rumbo al frente occidental. Todos conocían a alguien que las había visto, aunque nadie las había visto con sus propios ojos.

Esta facultad mitogenética está a menudo aliada a la crueldad. Desde la Edad Media los judíos han sido acusados de practicar el asesinato ritual. No existe ni una migaja de pruebas para esta acusación, y ninguna persona sensata que la haya investigado la cree. Empero, persiste. He conocido a rusos blancos que estaban convencidos de su veracidad, y entre muchos nazis era aceptada sin discusión. Tales mitos proporcionan una excusa para la imposición de torturas, y la infundada creencia en ellos es prueba del deseo inconsciente de encontrar alguna víctima que perseguir.

Hubo, hasta fines del siglo dieciocho, una teoría que afirmaba que la insania se debía a la posesión por demonios. Se infería que cualquier dolor sufrido por el paciente era también sufrido por los demonios, de modo que la mejor curación era hacer que el paciente sufriera tanto, que los demonios decidieran abandonarle. Este tratamiento fue probado sobre el rey Jorge III, cuando éste estaba loco, pero sin éxito. Es un hecho curioso y lamentable el que casi todos los tratamientos comple-

tamente inútiles en los que se ha creído durante la larga historia de la locura médica hayan sido tales, que causaran agudos sufrimientos al paciente. Cuando se descubrieron los anestésicos, la gente piadosa los consideró un intento de esquivar la voluntad de Dios. Se señalaba, empero, que cuando Dios extrajo la costilla de Adán, El le adormeció profundamente. Esto demostraba que los anestésicos están perfectamente bien para los *hombres*; pero las mujeres tienen que sufrir, debido a la maldición de Eva. En el Occidente los votos concedidos a las mujeres demostraron que esta doctrina estaba equivocada, pero en Japón, hasta la fecha, a las mujeres que dan a luz no se les permite ningún alivio por medio de anestésicos. Como los japoneses no creen en el Génesis, este sadismo debe de tener otra justificación.

Las falacias sobre "raza" y "sangre", que siempre han sido populares y que los nazis incorporaron a su credo oficial, no tienen ninguna justificación objetiva; se cree en ellas únicamente porque contribuyen a la autoestima y a los impulsos hacia la crueldad. En una forma u otra, estas creencias son tan antiguas como la civilización; sus formas cambian, pero su esencia se conserva. Herodoto nos relata cómo Ciro fue educado por campesinos, en completa ignorancia de su sangre real; a la edad de doce años, su regio comportamiento hacia otros chiquillos campesinos reveló la verdad. Esta es una variante de una antigua historia que se encuentra en todos los países indoeuropeos. Hasta la gente bastante moderna dice que "la sangre habla". Es inútil que los fisiólogos científicos aseguren al mundo que no existe diferencia alguna entre la sangre de un negro y la sangre de un hombre blanco. La Cruz Roja norteamericana, obedeciendo al prejuicio popular, al principio, cuando Norteamérica se vio envuelta en la última guerra, decretó que no se usara ninguna sangre de negros para transfusiones. De resultas de una agitación, se concedió que se podía usar sangre de negros, pero sólo para pacientes negros. Similarmente, en Alemania los soldados arios que necesitaban transfusiones de sangre eran cuidadosamente protegidos de la contaminación con sangre judía.

En la cuestión de la raza, existen distintas creencias en diferentes sociedades. Donde la monarquía está firmemente establecida, los reyes son de una raza superior que sus súbditos. Hasta muy recientemente se creía universalmente que los hombres son por nacimiento más inteligentes que las mujeres; incluso un hombre tan esclarecido como Spinoza decidió contra los votos para las mujeres basándose en esa afirmación.

Entre los hombres blancos se sostiene que los hombres blancos son por naturaleza superiores a hombres de otros colores, y especialmente a los negros; en Japón, por el contrario, se cree que el amarillo es el mejor color. En Haití, cuando hacen estatuas de Cristo y Satán, hacen a Cristo negro y a Satán blanco. Aristóteles y Platón consideraban a los griegos tan innatamente superiores a los bárbaros, que la esclavitud quedaba justificada siempre que el amo fuese un griego y el esclavo un bárbaro. Los legisladores norteamericanos que redactaron las leyes de inmigración consideran a los nórdicos superiores a los eslavos o latinos o cualesquiera otros hombres blancos. Pero los nazis, bajo la presión de la guerra, se vieron llevados a la conclusión de que difícilmente existan verdaderos nórdicos fuera de Alemania; los noruegos, salvo Quisling y sus pocos seguidores, habían sido corrompidos con la mezcla con fineses y nipones y otros semejantes. De tal modo, la política es una clave para la descendencia. Los nórdicos biológicamente puros aman a Hitler, y si uno no ama a Hitler, eso es prueba de que su sangre es impura.

Todo esto, naturalmente, es pura tontería, y todos los que hayan estudiado el tema saben que lo es. En las escuelas de Norteamérica los niños de los más diversos orígenes son sometidos al mismo sistema educacional, y aquellos que se ocupan de medir los cocientes de inteligencia y de cualquier otro modo calculan la habilidad nativa de los estudiantes, no logran establecer ninguna distinción racial tales como las postuladas por los teoristas de la raza. En todo grupo nacional o racial existen niños inteligentes y niños estúpidos. No es probable que, en los Estados Unidos, los niños de color se desarrollen tan exitosamente como los niños blancos; pero hasta donde la habilidad congénita puede ser separada de la influencia del ambiente, no existe ninguna distinción clara entre grupos distintos. Toda la concepción de razas es simplemente un mito engendrado por la arrogante autoestima de los detentadores del poder. Puede que, algún día, se descubran mejores pruebas; quizás, con el tiempo, los educadores puedan demostrar (digamos) que los judíos son, término medio, más inteligentes que los gentiles. Pero por el momento no existen tales evidencias, y todo lo que se diga en cuanto a razas superiores debe ser desechado como una bobada.

Hay una absurdidad especial en la aplicación de teorías raciales a las distintas poblaciones de Europa. En Europa no existe nada que se parezca a una raza pura. Los rusos tienen una mezcla de sangre tártara,

los germanos son mayormente eslavos, Francia es una mezcla de celtas, alemanes y gente de raza mediterránea; Italia, lo mismo, con la adición de descendientes de esclavos importados por los romanos. Los ingleses son quizá los más mezclados de todos. No existe prueba alguna de que haya ninguna ventaja en pertenecer a una raza pura. Las razas más puras que ahora existen son los pigmeos, los hotentotes y los aborígenes australianos; los tasmanios, que probablemente eran más puros aún, se han extinguido. No eran los portadores de una brillante cultura. Los antiguos griegos, por otra parte, surgieron de una amalgama de bárbaros septentrionales con la población indígena; los atenienses y los jonios, que eran los más civilizados, eran también los más mezclados. Los supuestos méritos de la pureza racial son, parecería, totalmente imaginarios.

Las supersticiones en cuanto a la sangre tienen muchas formas sin relación alguna con la raza. La objeción al homicidio parece haberse basado, originariamente, en la polución ritual causada por la sangre de la víctima. Dios dijo a Caín: "La voz de la sangre de tu hermano clamó hacia mí desde el suelo". Según algunos antropólogos la marca de Caín fue un disfraz para impedir que la sangre de Abel le encontrara; esta parece ser también la razón original para usar luto. En muchas comunidades antiguas no se hacía diferencia entre el asesinato y el homicidio accidental; en ambos casos era igualmente necesaria la ablución ritual. El sentimiento de que la sangre mancha perdura aún, por ejemplo, en el bautismo de las mujeres y en los tabús relacionados con la menstruación. La idea de que un niño es la "sangre" de su padre tiene el mismo origen supersticioso. Por lo que respecta a la sangre verdadera, en el niño entra la de la madre, pero no la del padre. Si la sangre fuese tan importante como se supone, el matriarcado sería la única forma correcta de determinar la descendencia.

En Rusia, donde, bajo la influencia de Karl Marx, la gente desde la revolución ha sido clasificada según su origen económico, han surgido dificultades no distintas de la de los teóricos racistas alemanes con respecto a los nórdicos escandinavos. Había dos teorías que tenían que ser conciliadas: por un lado, los proletarios eran buenos y la otra gente era mala; por otro lado los comunistas eran buenos y la otra gente era mala. La única forma de lograr una reconciliación era alterar el sentido de las palabras. "Proletario" llegó a significar el que respaldaba al Gobierno; Lenin, aunque había nacido noble, fue considerado un miem-

bro del proletario. Por otra parte, la palabra "kulak", que se suponía significativa de un campesino rico, llegó a significar a cualquier campesino que se opusiese a la colectivización. Esta clase de absurdo surge siempre que un grupo de seres humanos es supuesto inherentemente mejor que otro. En Norteamérica, el mejor elogio que se puede hacer a un eminente hombre de color después de que está convenientemente muerto, es decir: "Era un hombre *blanco*". Una mujer valiente es llamada "masculina"; Macbeth, alabando la valentía de su esposa, dice:

Pare solamente hijos,
Porque tu intrépido brío no debe forjar
Sino machos.

Todas estas formas de hablar provienen de la hostilidad a abandonar tontas generalizaciones.

En la esfera económica existen muchas difundidas supersticiones.

¿Por qué la gente valora el oro y las piedras preciosas? No simplemente por su rareza; hay una cantidad de elementos llamados "tierras raras" que son mucho más raros que el oro, pero nadie da un centavo por ellos, salvo unos pocos hombres de ciencia. Existe la teoría, que tiene mucho en su favor, de que el oro y las gemas eran valoradas originariamente debido a sus supuestas virtudes mágicas. Los errores de los gobiernos en los tiempos modernos parecen demostrar que dicha creencia existe aún entre la clase de hombres considerados "prácticos". A fines de la guerra de 1914-18 se convino que Alemania debía pagar vastas sumas a Inglaterra y Francia, y estos últimos países pagarían a su vez vastas sumas a Estados Unidos. Todos querían que se les pagara en moneda, no en especies; los hombres "prácticos" no advirtieron que no existe en el mundo tal cantidad de dinero. Tampoco se dieron cuenta de que el dinero es inútil a menos de que sea empleado para comprar mercancías. Como no querían usarlo de ese modo, no servía de nada a nadie. Se suponía que había alguna virtud mística en el oro que hacía que valiese la pena excavarlo en el Transvaal y volver a ponerlo bajo tierra en las cajas fuertes de los bancos, en Norteamérica. A la postre, es claro, los países deudores se quedaron sin dinero, y como no se les permitía pagar en mercancías, quebraron. La gran depresión fue el resultado directo de la sobreviviente creencia en las propiedades mágicas del oro. Esta superstición parece ahora muerta, pero sin duda será reemplazada por otras.

La política está gobernada mayormente por perogrulladas sentenciosas que carecen de fruto.

Una de las máximas populares más difundidas es la de que "la naturaleza humana no puede ser cambiada". Nadie puede decir si esto es cierto o no sin definir previamente la "naturaleza humana". Pero tal como se usan estos términos, por cierto que es falso. Cuando el señor A pronuncia la máxima, con un aire de portentosa y concluyente sabiduría, lo que quiere decir es que todos los hombres, en todas partes, continuarán comportándose como lo hacen en su propio pueblo natal. Un poco de antropología desvanecería esa creencia. Entre los tibetanos, una esposa tiene muchos maridos, porque los hombres son demasiado pobres para mantener a toda una esposa; y sin embargo la vida familiar, según los viajeros, no es más desdichada que en cualquier otra parte. La práctica de prestar la esposa propia a los huéspedes es muy corriente entre las tribus incivilizadas. Los aborígenes australianos, en la pubertad, sufren una dolorosísima operación que, durante el resto de sus vidas, les disminuye grandemente la potencia sexual. El infanticidio, que podría parecer contrario a la naturaleza humana, era casi universal antes del surgimiento del cristianismo, y es recomendado por Platón para impedir la sobrepoblación. La propiedad privada no es reconocida entre algunas tribus salvajes. Incluso entre personas altamente civilizadas, las consideraciones económicas vencen a lo que se llama "naturaleza humana". En Moscú, donde hay una aguda escasez de viviendas, cuando una mujer soltera está embarazada ocurre a menudo que una cantidad de hombres disputan por el derecho legal a ser considerados padres de la futura criatura, porque quienquiera sea tenido por el padre adquiere el derecho a compartir la habitación de la mujer, y media habitación es mejor que ningún techo.

En rigor, la "naturaleza humana" adulta es altamente variable, según las circunstancias de la educación. La alimentación y el sexo son necesidades bastante generales, pero los hermitaños de la Tebaida esquivaron el sexo por completo y redujeron la alimentación al más bajo punto compatible con la supervivencia. Por medio de dietas y adiestramiento, la gente puede ser hecha feroz o mansa, dominadora o esclava, como le plazca al educador. No hay tontería tan absoluta que no pueda ser convertida en el credo de la vasta mayoría gracias a una adecuada acción gubernamental. Platón quería que su República se fundara en un mito que, según admitió, era absurdo; pero, correcta-

mente, tenía confianza en que el populacho podría ser inducido a creer en él. Hobbes, que juzgaba importante que el pueblo reverenciara al gobierno, por indigno que éste pudiese ser, refuta el argumento de que podría resultar difícil obtener el asentimiento general para una cosa tan irracional, señalando que la gente ha sido llevada a creer en la religión cristiana y, en particular, en el dogma de la transustanciación. Si hubiese vivido en 1940, habría encontrado amplia confirmación de su afirmación en la devoción de la juventud germana a los nazis.

El poder de los gobiernos sobre las creencias de los hombres ha sido sumamente grande desde el surgimiento de los grandes Estados. La gran mayoría de los romanos se hicieron cristianos después que los emperadores romanos se convirtieron. En las partes del Imperio Romano que fueron conquistadas por los árabes, muchas personas abandonaron el cristianismo por el islamismo. La división de la Europa Occidental en regiones católicas y protestantes fue determinada por la actitud de los gobiernos del siglo dieciséis. Pero el poder de los gobiernos de la actualidad sobre las creencias es mucho mayor que en cualquier otra época anterior. Una creencia, por falsa que fuere, es importante cuando domina las acciones de grandes masas de hombres. En este sentido, las creencias inculcadas antes de la última guerra por los gobiernos japonés, ruso y alemán fueron importantes. Puesto que eran completamente divergentes, no pueden ser todas ciertas, aunque muy bien podrían ser todas falsas. Desdichadamente, tenían tales características que inspiraban a los hombres un ardiente deseo de matarse mutuamente, aun hasta el punto de inhibir casi por completo el instinto de autoconservación. Nadie puede negar, ante la evidencia, que es fácil, dado un poder militar, producir una población de dementes fanáticos. Sería igualmente sencillo producir una población de gente cuerda y razonable, pero muchos gobiernos no quieren hacerlo, puesto que esa gente dejaría de admirar a los políticos que se encuentran a la cabeza de tales gobiernos.

Existe una aplicación particularmente perniciosa de la doctrina de que la naturaleza humana no puede ser cambiada. Se trata de la afirmación dogmática de que siempre habrá guerra, porque estamos constituidos de tal modo que sentimos la necesidad de ella. Lo que es cierto es que un hombre que ha tenido la clase de dieta y de educación que tiene la mayoría de los hombres, querrá luchar cuando se le provoque. Pero no luchará a menos que tenga una probabilidad de vencer.

Es sumamente fastidioso ser detenido por un policía, pero no luchamos con él porque sabemos que tiene a su espalda la abrumadora fuerza del Estado. Los pueblos que no tienen motivos para la guerra no dan la impresión de estar psicológicamente deformados. Suecia no ha tenido una guerra desde 1814, pero los suecos constituyen una de las naciones más dichosas y más satisfechas del mundo. La única nube sobre su felicidad nacional es su temor a verse envueltos en la próxima guerra. Si la organización política hiciese económicamente impropia la guerra, no hay nada en la naturaleza humana que obligase a ella o que hiciera que la gente corriente se sintiese desdichada porque no estallara. Exactamente los mismos argumentos que se emplean ahora en cuanto a la imposibilidad de impedir la guerra, se utilizaron antes en defensa de los duelos, y sin embargo muy pocos de nosotros nos sentimos frustrados porque no se nos permite librar duelos.

Estoy convencido de que no existe absolutamente ningún límite para las absurdidades que, mediante la acción del gobierno, pueden llegar a ser creídas en general. Déseme un ejército adecuado, con poder para proporcionarle mejores alimentos y paga de los que recibe el hombre corriente, y me comprometo, en el término de veinte años, a hacer que la mayoría de la población crea que dos y dos son tres, que el agua se hiela cuando se la calienta y hierve cuando se la enfría, o cualquier otra bobada que pudiese parecer servir a los intereses del Estado. Por supuesto, aun cuando estas creencias hubiesen sido engendradas, la gente no pondría la pava en la refrigeradora cuando quisiese hacer hervir el agua. El que el frío hace hervir el agua sería una verdad para los domingos, sagrada y mística, para ser profesada en tonos de terror, pero no para actuar conforme a ella en la vida cotidiana. Sucedería que cualquier negación verbal de la doctrina mística sería hecha ilegal, y los herejes obstinados serían "congelados" en la hoguera. Ninguna persona que no aceptase entusiásticamente la doctrina oficial podría enseñar u ocupar algún puesto de poder. Sólo los más altos funcionarios, cuando estuviesen un poco bebidos, murmurarían entre sí qué tontería era todo eso; y luego reírían y volverían a beber. Difícilmente puede considerarse esto como una caricatura de lo que sucede bajo ciertos gobiernos modernos.

El descubrimiento de que el hombre puede ser científicamente manipulado, y de que los gobiernos pueden empujar a grandes masas hacia aquí o hacia allá, según les plazca, es una de las causas de nuestras

desdichas. Existe tanta diferencia entre una colección de ciudadanos mentales libres y una comunidad moldeada por los modernos medios de propaganda como la que hay entre un montículo de materias primas y un acorazado. Se ha visto que la educación, que al principio fue hecha universal para que todos pudieran leer y escribir, es capaz de servir para otros propósitos completamente distintos. Inculcando tontearías unifica las poblaciones y engendra el entusiasmo colectivo. Si todos los gobiernos pensasen la misma sandez, el daño no sería tan grande. Infortunadamente, cada uno tiene su propia clase de bobada, y la diversidad sirve para producir hostilidad entre los adictos a los distintos credos. Si se quiere que alguna vez haya paz en el mundo, los gobiernos tendrán que convenir, o bien en no inculcar dogmas, o bien en inculcar todos los mismos dogmas. Lo primero, me temo, es un ideal utópico, pero quizá podrían convenir en enseñar colectivamente que todos los hombres públicos, en todas partes, son completamente virtuosos y perfectamente sabios. Quizá, después de la próxima guerra, los políticos sobrevivientes descubran que es prudente combinarse para realizar tal programa.

Pero si la conformidad tiene sus peligros, también los tiene la disconformidad.

Algunos "pensadores avanzados" sostienen que cualquiera que difiere de las opiniones convencionales tiene que estar en lo cierto. Esto es una ilusión; si no lo fuese, la verdad sería más fácil de alcanzar de lo que lo es. Existen infinitas posibilidades de error, y los excéntricos acogen con más frecuencia los errores fuera de moda que las verdades fuera de moda. En una ocasión conocí a un ingeniero electrotécnico cuyas primeras palabras para mí fueron: "¿Cómo le va? Hay dos métodos de curación por la fe, el practicado por Cristo y el practicado por la mayoría de los Científicos Cristianos. Yo practico el método practicado por Cristo". Poco después, fue enviado a la cárcel por fraguar balances fraudulentos. La ley no mira con benevolencia la intrusión de la fe en esa región. También conocí a un eminente doctor de locos que se dedicó a la filosofía y enseñó una nueva lógica que, lo confesaba francamente, había aprendido de sus lunáticos. Cuando murió, dejó un testamento por el que dotaba una cátedra de profesor para la enseñanza de sus nuevos métodos científicos, pero desdichadamente no dejó bienes. La aritmética resultaba ser recalcitrante con la lógica lunática. En una oportunidad un hombre vino a pedirme que le recomendara

algunos de mis libros, ya que le interesaba la filosofía. Lo hice, pero regresó al día siguiente diciendo que había leído uno de ellos y encontrado una sola afirmación que podía entender, y que esa afirmación le parecía falsa. Le pregunté cuál era, y contestó que se trataba de la afirmación de que Julio César está muerto. Cuando le pregunté por qué no estaba de acuerdo, se irguió y respondió: "Porque yo soy Julio César". Estos ejemplos bastarán para demostrar que no se puede estar seguro de tener razón con sólo ser excéntrico.

La ciencia, que siempre tuvo que abrirse paso luchando contra las creencias populares, libra ahora una de sus más difíciles batallas en el campo de la psicología.

Las personas que creen saber todo lo referente a la naturaleza humana, se sienten perdidas irremediablemente cuando tienen que tratar con alguna anormalidad. Algunos muchachos jamás aprenden a ser lo que, en los animales, se llama "doméstico". La clase de personas que no soporta tonterías soluciona esos casos por medio de castigos; el muchacho es zurrado, y cuando repite la transgresión es zurrado más severamente. Todos los médicos que han estudiado el problema saben que el castigo no hace más que agravarlo. A veces la causa es física, y sólo curable eliminando algún motivo de queja profundamente arraigado y quizás inconsciente. Pero la mayoría de las gentes gozan castigando a quienes les irritan, y, por lo tanto, el punto de vista médico es rechazado como una fantástica tontería. Lo mismo rige para los hombres que son exhibicionistas; son enviados a la cárcel una y otra vez, pero en cuanto salen repiten el delito. Un médico que se especializa en esas enfermedades me aseguró que el exhibicionismo puede ser curado con el sencillo recurso de ponerles pantalones que se abotonen por detrás en lugar de hacerlo por delante. Pero este método no es puesto en práctica porque no satisface los impulsos vengativos de la gente.

Hablando en términos generales, es probable que el castigo impida crímenes que tienen un origen sano, pero no los que surgen de alguna anormalidad psicológica. Esto es ahora parcialmente reconocido; distinguimos entre el robo simple, que nace de lo que podría llamarse interés por sí mismo, y la cleptomanía, que es señal de algo torcido. Y los maniáticos homicidas no son tratados como asesinos ordinarios. Pero las aberraciones sexuales provocan tanto disgusto, que todavía es imposible tratarlas médicamente en lugar de hacerlo punitivamente. La indignación, aunque en conjunto es una útil fuerza social, se torna



perniciosa cuando se la dirige contra las víctimas de enfermedades que sólo la ciencia médica puede curar.

Lo mismo ocurre en lo referente a naciones enteras. Durante la guerra de 1914-18, cosa muy natural, los sentimientos vengativos del pueblo fueron azuzados contra los alemanes, a quienes se castigó duramente después de su derrota. Durante la segunda guerra mundial se argumentó que el Tratado de Versalles había sido ridículamente suave, puesto que no había logrado enseñar la lección; esta vez, se nos dijo, tenía que haber *verdadera* severidad. En mi opinión, quizá nos habría sido más posible evitar una repetición de la agresión alemana si hubiésemos considerado a los nazis del montón como consideramos a los lunáticos, en lugar de considerarles simple y sencillamente como criminales. Los dementes, es claro, tienen que ser contenidos. Pero los dementes son contenidos por prudencia, no como castigo, y hasta donde la prudencia lo permite tratamos de hacerlos felices. Todos reconocen que un maniático homicida se tornará más homicida si se le hace desdichado. Por supuesto, había entre los nazis muchos hombres que eran simplemente criminales, pero también debe de haber habido muchos que estaban locos. Si se quiere incorporar exitosamente a Alemania a la Europa occidental, debe abandonarse por completo todo intento de inculcarle un sentimiento de culpabilidad especial. Los castigados muy pocas veces aprenden a experimentar sentimientos bondadosos hacia los hombres que los castigan. Y mientras los alemanes odian al resto de la humanidad, la paz será precaria.

Cuando uno lee acerca de las creencias de los salvajes, o de los antiguos babilonios y egipcios, nos parecen sorprendentes por su caprichosa absurdidad. Pero los incultos sustentan creencias igualmente absurdas, incluso en las sociedades modernas y civilizadas. En Norteamérica se me ha asegurado gravemente que la gente nacida en marzo es desdichada, y que los que nacen en mayo son especialmente propensos a tener callos. No conozco la historia de estas supersticiones, pero probablemente derivan del saber sacerdotal babilonio o egipcio. Las creencias comienzan en los estratos sociales superiores, y luego, como el fango de un río, se hunden gradualmente en la escala educacional; puede que necesiten de 3.000 a 4.000 años para llegar hasta el fondo. En Norteamérica puede descubrirse a la criada de color haciendo alguna observación que viene directamente de Platón —no de las partes de Platón que citan los eruditos, sino las partes que eran evidentemente

desatinos, tales como la de que los hombres que no buscan la verdad en esta vida volverán a nacer en forma de mujer—.

Aristóteles, a pesar de su reputación, está lleno de absurdos. Dice que los niños deberían ser concebidos en invierno, cuando el viento viene del norte, y que si la gente se casa demasiado joven los hijos serán mujeres. Nos dice que la sangre de las mujeres es más negra que la de los hombres; que el cerdo es el único animal que puede enfermar del sarampión; que a un elefante que sufre de insomnio habría que frotarle los hombros con sal, aceite de oliva y agua caliente; que las mujeres tienen menos dientes que los hombres, etcétera. Sin embargo, es considerado por la gran mayoría de los filósofos como un dechado de sabiduría.

Las supersticiones en cuanto a los días fastos y nefastos son casi universales. En tiempos antiguos gobernaban las acciones de los generales. Entre nosotros, el prejuicio contra el viernes y el número 13 es sumamente activo; los marineros no zarpan en viernes y muchos hoteles no tienen piso decimotercero. Las supersticiones acerca del viernes y del 13 eran creídas antes por hombres reputados sabios; ahora tales hombres las consideran locuras inofensivas. Pero probablemente, de aquí a 2.000 años, muchas creencias de los sabios de nuestros días llegarán a parecer igualmente tontas. El hombre es un animal crédulo, y tiene que creer en *algo*; a falta de buenos motivos para creer, se satisface con los malos.

La creencia en la "naturaleza" y en lo que es "natural" constituye una fuente de muchos errores. Solía ser, y hasta cierto punto todavía lo es, poderosamente eficaz en medicina. El cuerpo humano, abandonado a sus recursos, tiene cierta facultad de curarse por sí mismo; las pequeñas heridas por lo general se cierran, los resfríos desaparecen y hasta las enfermedades graves se desvanecen de vez en cuando sin tratamiento médico. Pero las ayudas a la naturaleza son sumamente deseables, incluso en esos casos. Las heridas pueden infectarse si no se las limpia, los resfríos pueden convertirse en pulmonía, y las enfermedades graves sólo son dejadas sin tratamiento por los exploradores y los viajeros de remotas regiones, que no tienen otra opción. Muchas prácticas que han llegado a parecer "naturales" fueron originariamente "innaturales"; por ejemplo: vestirse y lavarse. Antes de que los hombres adoptaran la ropa, tiene que haberles resultado imposible vivir en climas fríos. Donde no existe un poco de limpieza, las poblaciones

sufren de distintas enfermedades, tales como el tifus, del cual han quedado libres las naciones de Occidente. La vacunación despertaba (y en algunos todavía despierta) oposición por "innatural". Pero no hay coherencia en tales objeciones, porque nadie supone que un hueso roto pueda ser soldado mediante un comportamiento "natural". Comer alimentos cocidos es "innatural", y lo mismo rige para el caldeo de las habitaciones. El filósofo chino Lao-tsé, cuya fecha tradicional es aproximadamente el año 600 antes de Cristo, se opuso a las carreteras y puentes y barcos por "innaturales", y en su disgusto contra tales artificios mecánicos, partió de China y se fue a vivir entre los bárbaros de Occidente. Todo progreso de la civilización ha sido denunciado como innatural mientras era reciente.

La objeción más corriente a la fiscalización de nacimientos es la de que va contra "la naturaleza". (Por algún motivo, no nos está permitido decir que el celibato va contra natura; el único que se me ocurre es que el celibato no es nuevo). Malthus vio sólo tres formas de contener el crecimiento de la población: el freno moral, el vicio y la miseria. Admitió que no era probable que el freno moral fuese practicado en gran escala. Como sacerdote, veía con asco el "vicio", es decir, la fiscalización de nacimientos. Sólo quedaba la miseria. En su cómoda parroquia, contemplaba la miseria de la gran mayoría de la humanidad con ecuanimidad, y señaló las falacias de los reformadores que esperaban mitigarla. Los modernos oponentes teológicos de la fiscalización de los nacimientos son menos honestos. Fingen creer que Dios proveerá, por muchas que sean las bocas que haya para alimentar. Pasan por alto el hecho de que El no ha hecho tal cosa hasta ahora, sino que dejó a la humanidad expuesta a hambres periódicas en las cuales mueren millones de seres. Debe suponerse que sostienen —si dicen lo que creen— que desde este momento Dios obrará un continuo milagro de panes y peces, milagro que El hasta ahora ha considerado innecesario. O quizá dirán que el sufrimiento aquí abajo no tiene ninguna importancia; lo que importa es el más allá. Gracias a su teología, irá al infierno la mayoría de los niños a quienes su oposición a la fiscalización de los nacimientos hará existir. Tenemos que suponer, entonces, que se oponen al mejoramiento de la vida sobre la tierra porque creen que es bueno que muchos millones sufran el tormento eterno. En comparación con ellos, Malthus parece piadoso.

Las mujeres, en cuanto objeto de nuestro más fuerte amor y

aversión, excitan complejas emociones que están expresadas en la "sabiduría" proverbial.

Casi todos se permiten alguna generalización enteramente justificada acerca de la mujer. Los hombres casados, cuando generalizan sobre ese tema, juzgan según sus esposas; las mujeres juzgan por sí. Resultaría divertido escribir una historia de las opiniones de los hombres en cuanto a las mujeres. En la antigüedad, cuando la supremacía masculina no se ponía en duda y la ética cristiana aún era desconocida, las mujeres eran inofensivas pero más bien tontas, y el hombre que las tomaba en serio era hasta cierto punto despreciado. Platón cree que es una grave objeción al drama el que los dramaturgos tengan que imitar a las mujeres al crear sus personajes femeninos. Con el advenimiento del cristianismo, la mujer adquirió un nuevo aspecto: el de tentadora; pero al mismo tiempo se la encontraba capaz de ser una santa. En la época victoriana, la santa era mucho más acentuada que la tentadora; los hombres victorianos no podían admitirse susceptibles a la tentación. La superior virtud de las mujeres fue convertida en motivo para mantenerlas fuera del campo de la política, donde, se afirmaba, es imposible una elevada virtud. Pero los primeros feministas volvieron el argumento al revés, y afirmaron que la participación de las mujeres ennoblecería la política. Desde que esto ha resultado ser una ilusión, se ha hablado menos de la superior virtud de la mujer, pero todavía hay una cantidad de hombres que adhieren a la visión monacal de la mujer como tentadora. Las mujeres mismas, en su mayor parte, se consideran como el sexo sensato, cuya tarea es la de deshacer el daño que proviene de las impetuosas locuras de los hombres. Por mi parte, desconfío de *todas* las generalizaciones acerca de las mujeres, favorables y desfavorables, masculinas y femeninas, antiguas y modernas; todas por igual, creo, surgen de la exigüidad de la experiencia.

La actitud profundamente irracional de ambos sexos hacia las mujeres puede ser advertida en las novelas, especialmente en las novelas malas. En las malas novelas escritas por hombres, existe la mujer de la cual el autor está enamorado, que generalmente posee todos los encantos pero está un tanto indefensa y necesita de la protección masculina. A veces, empero, como la Cleopatra de Shakespeare, es objeto de un odio exasperado y se la considera honda y desesperadamente malvada. Al retratar a la heroína, el autor no escribe según sus observaciones, sino que simplemente objetiviza sus propias emociones. En relación con

los otros personajes femeninos, es más objetivo y hasta puede llegar a confiarse en su libreta de notas; pero cuando está enamorado, su pasión crea una bruma entre él y el objeto de su devoción. Las novelistas también tienen dos clases de mujeres en sus libros. Una son ellas mismas, encantadoras y bondadosas, y objeto de lujuria para los perversos y de amor para los buenos; sensibles; elevadas de espíritu y constantemente incomprendidas. La otra clase está representada por todas las demás mujeres, y generalmente se la dibuja como mezquina, vengativa, cruel y falaz. Parecería que no es fácil juzgar a las mujeres sin prejuicio, ni para los hombres ni para las mujeres.

Las generalizaciones en cuanto a las características son tan comunes y tan insostenibles como las generalizaciones acerca de las mujeres. Hasta 1870 se consideraba a los alemanes una nación de profesores de gafas, que lo sacaban todo de su conciencia interna y que apenas tenían noción del mundo exterior; pero desde 1870 esta concepción ha tenido que ser enérgicamente revisada. La mayoría de los norteamericanos considera en apariencia a los franceses como perpetuamente dedicados a las intrigas amorosas; Walt Whitman, en uno de sus catálogos, habla de "la adúltera pareja francesa en el taimado diván". Los norteamericanos que van a vivir a Francia se sienten asombrados y quizá desilusionados, por la intensidad de la vida familiar. Antes de la revolución rusa, se acreditaba a los rusos con la posesión de una mística alma eslavica que, si bien les incapacitaba para el comportamiento sensato corriente, les daba una especie de profunda sabiduría que las naciones más prácticas no podían esperar alcanzar. De pronto, todo cambió: el misticismo se hizo tabú y sólo se toleraron las ideas más terrenales. La verdad es que lo que aparece para una nación como carácter nacional de otra, depende de unos pocos individuos prominentes, o de la clase que se encuentra en el poder. Por este motivo, todas las generalizaciones al respecto tienen tendencia a desmoronarse con cualquier cambio político importante.

Para evitar las distintas opiniones tontas a las que es proclive la humanidad, no se necesita un genio sobrehumano. Unas cuantas reglas sencillas le apartarán a usted, no de *todos* los errores, sino de los errores tontos.

Si la cuestión puede ser resuelta por la observación, haga la observación usted mismo. Aristóteles podría haber evitado el error de creer que las mujeres tienen menos dientes que los hombres con el sencillo

recurso de pedirle a la señora de Aristóteles que tuviese la boca abierta mientras él se los contaba. No lo hizo porque le pareció que sabía. El pensar que se sabe cuando en realidad no es así, constituye un error fatal, al cual tenemos todos tendencia. Yo creo que los erizos comen cucarachas, porque se me ha dicho que lo hacen; pero si escribiese un libro sobre las costumbres de los erizos, no me comprometería con la afirmación hasta que no hubiese visto a uno de esos animales gozando de esa desagradable dieta. Aristóteles, empero, fue menos cauteloso. Los autores antiguos y medievales sabían todo lo referente a los unicornios y las salamandras; a ninguno de ellos les pareció necesario evitar las afirmaciones dogmáticas al respecto hasta que hubiera visto a tales criaturas.

Sin embargo, muchos problemas son menos fácilmente puestos a prueba por la experiencia. Si, como la mayoría de la humanidad, tiene usted convicciones apasionadas sobre muchas de tales cuestiones, hay formas en que puede darse cuenta de su propia parcialidad. Si le encoheriza una opinión contraria, es señal de que tiene usted, subconscientemente, la seguridad de no poseer buenos motivos para pensar como lo hace. Si alguien sostiene que dos y dos son cinco, o que Islandia se encuentra sobre el ecuador, uno siente más lástima que ira, a menos que se sepa tan poco de aritmética o geografía que la opinión ajena haga tambalear la propia opinión contraria. Las más enconadas controversias son las que giran alrededor de cuestiones para las que no hay buenas evidencias en ninguno de los dos sentidos. La persecución es usada en teología, no en aritmética porque en aritmética existe conocimiento, pero en teología sólo hay opinión. De modo que, cuando se sorprenda enfureciéndose por una diferencia de opinión, póngase en guardia; probablemente encontrará, al investigar, que su convicción está yendo más allá de lo que permiten las evidencias.

Una buena forma de librarse de ciertas clases de dogmatismo es adquirir conciencia de las opiniones sostenidas en círculos sociales distintos de los propios. Cuando yo era joven, viví mucho tiempo fuera de mi país —en Francia, Alemania, Italia y los Estados Unidos—. Encontré que eso era sumamente provechoso en lo referente a disminuir la intensidad del prejuicio insular. Si no puede usted viajar, busque a gente con la cual esté en desacuerdo, y lea un periódico perteneciente a un partido que no es el suyo. Si la gente y el partido le parecen locos, perversos y malignos, recuerde que usted les parece lo mismo a ellos.

En esa opinión, ambos partidos pueden estar en lo cierto, pero no pueden estar equivocados los dos.

Pero adquirir conciencia de las costumbres extranjeras no tiene siempre un efecto benéfico. En el siglo diecisiete, cuando los manchúes conquistaron China, era costumbre entre los chinos que las mujeres tuviesen pies pequeños, y entre los manchúes que los hombres usasen coletas. En lugar de abandonar cada uno su propia tonta costumbre, adoptó cada uno la tonta costumbre del otro, y los chinos continuaron usando coletas hasta que se libraron de la dominación de los manchúes en la revolución de 1911.

Para los que tienen suficiente imaginación psicológica, es un buen plan imaginarse una discusión con una persona de distinta parcialidad. Esto tiene una ventaja, y sólo una, en comparación con la conversación con oponentes; esta ventaja consiste en que el método no está sometido a las mismas limitaciones de tiempo y espacio. Mahatma Gandhi deploraba los ferrocarriles y los vapores y las máquinas; le habría agradado deshacer toda la revolución industrial. Puede que no tenga usted jamás una oportunidad de encontrarse con alguien que sostenga esta opinión, porque en la mayoría de los países occidentales la mayoría de las personas da por sentadas las ventajas de la técnica moderna. Pero si quiere estar seguro de encontrarse en lo cierto al concordar con la opinión prevaleciente, descubrirá que es un buen plan poner a prueba los argumentos que se le ocurran, pensando qué habría dicho Gandhi para refutarlo. A veces me he visto obligado a cambiar de opinión de resultados de tal diálogo imaginario, y, sin llegar a ello, frecuentemente me sorprendí tornándome menos dogmático y seguro al advertir la probable racionalidad de un oponente hipotético.

Tenga cautela con las opiniones que halagan su autoestima. Tanto los hombres como las mujeres, nueve veces de cada diez, están firmemente convencidos de la excelencia de su propio sexo. Existen abundantes pruebas por ambas partes. Si es usted un hombre, puede indicar que la mayoría de los poetas y hombres de ciencia son hombres; si mujer, puede replicar que también lo son la mayoría de los criminales. La cuestión es esencialmente insoluble, pero la autoestima oculta esto a la mayor parte de las gentes. Proveníamos de la parte del mundo de que proviniéramos, estamos todos persuadidos de que nuestra nación es superior a todas las demás. Viendo que cada nación tiene sus méritos y deméritos característicos, adaptamos nuestra norma de valores de

modo de conseguir que los méritos poseídos por nuestra nación sean los verdaderamente importantes, y que sus deméritos resulten verdaderamente triviales. Aquí, una vez más, el hombre racional tendrá que admitir que el problema no tiene una solución demostrable correcta. Es más difícil tratar con la autoestima del hombre como hombre, porque no podemos discutir el caso por medio de una mente no humana. La única forma que conozco de tratar este engrimiento humano general es recordarnos que el hombre es un breve episodio de la vida de un pequeño planeta situado en un rincón del universo, y que, por lo que sabemos, otras partes del cosmos podrían contener seres superiores a nosotros, tal como nosotros lo somos a las medusas.

Aparte de la autoestima, otras pasiones son fuentes corrientes de error; entre ellas, la más importante quizás es el temor. El temor actúa a veces directamente, inventando rumores de desastre en épocas de guerra, o imaginando objetos de terror, tales como fantasmas. A veces actúa indirectamente, creando la creencia en algo consolador, como el elixir de vida, o el cielo para nosotros y el infierno para nuestros enemigos. El miedo tiene muchas formas: el miedo a la muerte, el miedo a la oscuridad, el miedo a lo desconocido, el miedo al rebaño y ese vago miedo generalizado que ataca a los que ocultan a sí mismos sus terrores más específicos. Hasta que uno se ha admitido sus propios temores, y se ha protegido, mediante un difícil esfuerzo de la voluntad, contra su poder mitogenético, no puede abrigar la esperanza de pensar claramente en cuestiones de gran importancia, especialmente aquellas relacionadas con las creencias religiosas. El miedo es la principal fuente de la superstición, y una de las principales fuentes de la crueldad. Dominar el temor es el comienzo de la sabiduría, tanto en la búsqueda de la verdad como en el intento por alcanzar un modo digno de vivir.

Hay dos formas de evitar el miedo: una, convenciéndonos de que estamos inmunizados al desastre; la otra, mediante la práctica de la pura valentía. Esta última es difícil, y para todos se torna imposible en cierto punto. La primera, por lo tanto, ha sido siempre más popular. La magia primitiva tenía el propósito de lograr seguridad, ya fuese hiriendo a los enemigos o protegiéndose uno mismo por medio de talismanes, hechizos o encantamientos. Sin cambio esencial alguno, la creencia en tales formas de evitar el peligro sobrevivió durante los muchos siglos de la civilización babilónica, se extendió de Babilonia a todo el Imperio de Alejandro y fue adquirida por los romanos en el curso de la

absorción por éstos de la cultura helenística. De los romanos descendió al cristianismo medieval y el Islam. La ciencia ha aminorado ahora la creencia en la magia, pero muchas personas ponen más fe en las mas-cotas de la que están dispuestas a reconocer, y la brujería, si bien condenada por la Iglesia, es aun un pecado *posible*.

Ello no obstante, la magia era una forma grosera de evitar los terrores, y, más, ni siquiera una forma eficaz, porque los magos malvados siempre podían resultar más fuertes que los buenos. En los siglos quince, dieciséis y diecisiete, el temor a la brujas y hechiceros condujo a la quema de cientos de miles condenados por tales crímenes. Pero las nuevas creencias, especialmente en lo referente a la vida futura, buscaron formas más efectivas de combatir el temor. Sócrates, en el día de su muerte (si hay que creer a Platón), expresó la convicción de que en el otro mundo viviría en compañía de los dioses y los héroes, y rodeado de espíritus justos que jamás protestarían por sus interminables discusiones. Platón, en su *República*, estableció que las opiniones alegres acerca de otro mundo deben ser exigidas por el Estado, no porque sean ciertas, sino para hacer que los soldados estén más dispuestos a morir en el combate. Rechazaba todos los mitos tradicionales sobre el Hades, porque ellos afirmaban que los espíritus de los muertos eran desdichados.

La Cristiandad Ortodoxa, en las Eras de la Fe, estableció reglas sumamente definidas para la salvación. En primer lugar, uno debe ser bautizado; luego, tiene que evitar todo error teológico; finalmente, antes de morir, tiene que arrepentirse de sus pecados y recibir la absolución. Todo ello no le salvaría a usted del purgatorio, pero aseguraría su postrer llegada al cielo. No era necesario *saber* teología. Un eminente cardenal declaró autorizadamente que las exigencias de la ortodoxia quedarían satisfechas si uno murmuraba en el lecho de muerte: "Creo todo aquello en que cree la Iglesia; la Iglesia cree todo aquello en que creo yo". Estas instrucciones tan definidas tendrían que haber dado a los católicos la seguridad de encontrar el camino al cielo. Empero, el temor al infierno persistió, y ha causado, en tiempos recientes, un gran ablandamiento de los dogmas en cuanto a quién será condenado. La doctrina, profesada por muchos cristianos modernos, de que todos irán al cielo, tendría que terminar con el temor a la muerte, pero en rigor este temor es demasiado instintivo para ser fácilmente derrotado. F. W. H. Myers, a quien el espiritualismo había convertido a la creen-

cia en una vida futura, interrogó a una mujer que hacía poco había perdido a su hija acerca de qué suponía que había sido del alma de ésta. La madre contestó: "Oh, bien, supongo que estará gozando de la eterna bienaventuranza, pero me agradaría que no hablase usted de temas tan desagradables". A despecho de todo lo que pueda hacer la teología, el cielo sigue siendo, para muchas personas, un "tema desagradable".

Las religiones más refinadas, como las de Marco Aurelio y Spinoza, se preocupaban aun de la eliminación del temor. La doctrina estoica era sencilla: sostenía que el único bien verdadero es la virtud, de la cual ningún enemigo puede privarme; en consecuencia no hay necesidad de temer a los enemigos. La dificultad residía en que nadie podía creer realmente que la virtud fuese el único bien, ni siquiera Marco Aurelio, que, como emperador, trató, no sólo de hacer virtuosos a sus súbditos, sino de protegerlos contra los bárbaros, las pestes y las hambres. Spinoza predicó una doctrina un tanto similar. Según él, nuestro verdadero bien consiste en la indiferencia hacia las fortunas mundanas. Los dos hombres trataron de escapar del temor fingiendo que cosas como el sufrimiento físico no son realmente malas. Esta es una noble forma de rehuir el miedo, pero sigue estando basada en falsas creencias. Y si se la acepta genuinamente, tiene el mal efecto de tornar a los hombres indiferentes, no sólo hacia sus propios sufrimientos, sino también hacia los de los demás.

Bajo la influencia de un gran temor, casi todos se vuelven supersticiosos. Los marineros que arrojaron a Jonás por la borda imaginaron que su presencia era la causa de la tempestad que amenazaba con hacerlos naufragar. En un espíritu similar, los japoneses, en la época del terremoto de Tokio, se dedicaron a matar a coreanos y liberales. Cuando los romanos conquistaban victorias en las guerras púnicas, los cartagineses quedaron convencidos de que sus desdichas se debían a cierta negligencia que se había insinuado en el culto a Moloch. A Moloch le agradaba que le sacrificasen niños, y los prefería aristocráticos; pero las familias nobles de Cartago habían adoptado la práctica de sustituir subrepticamente a sus descendientes por chiquillos plebeyos. Se pensó que esto había disgustado al dios, y en los peores momentos incluso los niños más aristocráticos eran convenientemente consumidos por el fuego. Cosa extraña, los romanos vencieron a despecho de esta democrática reforma por parte de sus enemigos.

El temor colectivo estimula el instinto del rebaño, y tiende a producir ferocidad hacia los que no son considerados miembros del rebaño. Así sucedió en la Revolución Francesa, cuando el miedo a los ejércitos extranjeros produjo el reino del terror. El gobierno soviético habría sido menos feroz si hubiese encontrado menos hostilidad en sus primeros años. El miedo engendra impulsos de crueldad, y, por lo tanto, provoca las creencias supersticiosas que parecen justificar la crueldad. No se puede confiar en que un hombre, una muchedumbre o una nación obren humanamente o piensen cuerdamente bajo la influencia de un gran temor. Y por este motivo los cobardes son más propensos a la crueldad que los hombres valientes, y también más propensos a la superstición. Cuando digo esto, pienso en los hombres que son valientes en todo sentido, y no sólo en el de arrostrar la muerte. Muchos hombres tienen el arrojo de morir heroicamente, pero no tendrían la bravura de decir, o aun de pensar, que la causa por la que se les pide que mueran es indigna de ello. El baldón es, para muchos hombres, más doloroso que la muerte; este es uno de los motivos de que, en tiempos de excitación colectiva, tan pocos hombres se arriesguen a disentir de la opinión prevaleciente. Ningún cartaginés negó a Moloch, porque hacerlo habría exigido más valor que el necesario para correr el peligro de muerte en el combate.

Pero nos estamos poniendo demasiado solemnes. Las supersticiones no son siempre negras y crueles; a menudo agregan alegría a la vida. En una ocasión recibí una comunicación del dios Osiris, dándome su número de teléfono; él vivía, en esa época, en un suburbio de Boston. Aunque no me incorporé a sus adoradores, su carta me causó placer. Frecuentemente he recibido cartas de hombres que se anuncian como el Mesías y me instan a no dejar de mencionar ese importante hecho en mis disertaciones. Durante la prohibición en Norteamérica, había una secta que sostenía que el servicio de la comunión tendría que ser celebrado con whisky, no con vino; este dogma les dio derecho legal a una provisión de licor alcohólico, y la secta creció rápidamente. Existe en Inglaterra una secta que afirma que los ingleses son las diez tribus perdidas; y hay otra secta más estricta que afirma que los ingleses son solamente las tribus de Efraim y Manasseh. Cada vez que encuentro a un miembro de cualquiera de estas dos sectas, me digo adherente de la otra, de lo que surgen muchas y agradables discusiones. También me agradan los hombres que estudian la Gran Pirámide con vistas a

descifrar su sabiduría mística. Muchos grandes libros han sido escritos sobre este tema, y algunos me fueron obsequiados por sus autores. Es un hecho singular el que la Gran Pirámide prediga siempre la historia del mundo con exactitud, hasta la fecha de la publicación del libro en cuestión, pero después de tal fecha se vuelve menos confiable. Por lo general el autor espera, para muy pronto, guerras en Egipto, seguidas del Armagedón y del advenimiento del Anticristo, pero hasta la fecha existen tantas personas que han sido reconocidas como el Anticristo, que el lector, sin quererlo, es empujado al escepticismo.

Admiro especialmente a cierta profetisa que vivía junto a un lago, en la parte septentrional del Estado de Nueva York, por el año 1820. Anunció a sus numerosos discípulos que poseía el poder de caminar sobre el agua y que se proponía demostrarlo a las once en punto de cierta mañana. A la hora indicada, los fieles se reunieron por millares a la orilla del lago. Y ella les habló, diciendo: "¿Estáis todos plenamente convencidos de que puedo caminar sobre el agua?" A una, todos respondieron: "Lo estamos". "En ese caso —anunció ella—, no hay necesidad de que lo haga" Y todos se volvieron a sus hogares, sumamente edificados.

Quizás el mundo perdería parte de su interés y variedad si tales creencias fuesen completamente reemplazadas por la fría ciencia. Quizá podemos permitirnos alegrarnos por los abecedaristas, así llamados porque, habiendo rechazado todo conocimiento profano, consideraban perverso enseñar el abecé. Y podemos regocijarnos con el asombro del jesuita sudamericano que se preguntó cómo podía el gusano haber viajado, después de la Inundación, desde el monte Ararat al Perú —viaje que su extrema lentitud de locomoción tornaba casi increíble—. Un hombre sabio gozará con las cosas buenas, de las que existe abundante provisión, y encontrará una abundante dieta de disparates intelectuales, en nuestra época como en cualquier otra.